

rección, llamado Marciano, quien no contento con proveerlo de dinero para esto, él mismo quiso unirse á los operarios para ayudarles á construir estos santos edificios.

Hemos dicho en la vida de san Eutimio, que la emperatriz Eudoxia había hecho construir una torre poco apartada del monasterio de este Santo, donde ella iba desde Jerusalén para conferenciar con él. Después de la muerte de esta princesa, unos monjes eutiquianos se habían establecido allí, y habiendo entonces pasado de la unión de los monasterios infectados por este error á la fe católica, como también hemos dicho, dos monjes nestorianos fueron á ocuparla después de ellos. Esta torre, edificada sobre una colina, dominaba los tres monasterios de san Sabas, quien miraba con disgusto que unos religiosos heréticos estuviesen cerca de los suyos á quienes con tanto cuidado procuraba conservar en la fé ortodoxa. Se dirigió á Dios de todo su corazón para que alejara de sus discipulos este objeto de escándolo, y Dios le hizo conocer su voluntad en una visión. Fué transportado en espíritu á la iglesia de la Resurrección, donde le pareció ver á dos lictores que echaban de ella á estos dos monjes nestorianos con grandes amenazas, y que habiéndoles estos dos hermanos pedido que les dejasen en libertad de comulgar, les habían respondido que eran unos judíos, y no cristianos, ya que decían que Cristo no era el verdadero Dios, y que su santa madre no era la Madre de Dios.

Esta visión le conmovió en extremo sobre la ceguera de estos monjes. Fué á visitarlos para hacerles abrir los ojos. Tuvo con ellos muchas conferencias, en las cuales nada olvidó de cuanto el celo y la caridad pudieron inspirarle para volverlos á la verdadera fé. Por fin los ganó para Jesucristo, y después de haberlos reunido en la iglesia, los condujo al monasterio de san Teodosio, y los confió á este celebre superior de cenobitas. En su lugar puso en la torre

á unos religiosos de su laura, á quienes dió por superior un abad de gran mérito, llamado Juan, discípulo de san Teodosio. Allí formó un monasterio que se llamó *Escolario*, es decir, del oficial de guardias, pues Juan era oficial de guardias del emperador, cuando abrazó la vida monástica.

Uno de sus religiosos llamado Jaime, natural de Jerusalén, creyó serle permitido imitar su celo y erigirse fundador; pero estaba él muy lejos de haber sido elegido de Dios para este ministerio; pues aquello que el Santo no emprendía más que por la inspiración del Señor, Jaime lo quería para hacerse un nombre. Era éste un hombre arrogante y presuntuoso, en cuyo proyecto decidía la vanidad. Sin embargo se aprovechó de la ausencia del Santo, quien había ido á pasar la cuaresma en el fondo del desierto, para erigir un oratorio y algunas celdas cerca de un lago llamado *Heptástomo* acariciándose de formar allí una laura de la que sería el superior. Los ancianos de la laura de san Sabas se indignaron por su temeridad; y quisieron impedirle ejecutar su designio; pero él les cerró la boca con una mentira, diciéndoles que obraba por orden de su santo Padre. San Sabas habiendo sabido á su regreso esto que había hecho, le llamó y le dijo: « Hijo mío, la obra que habeis emprendido no es agradable á Dios, y molesta á los Padres de la laura. No les puede traer más que perjuicio, pues en este mismo lago, que ya pertenece á la laura, habeis querido contruir otra. ¿Qué buen efecto puede producir aquello que causaría la división entre los religiosos? ¿Se saca algún fruto de un campo que se ha cultivado, si la guerra lo devasta? Por otra parte, ¿estais en condiciones de dirigir á los otros, no habiendo aún trabajado bastante para domaros á vos mismo, y estando todavía sujeto á la vanidad? »

Jaime sin embargo se obstinaba en su propósito, y trataba, para escusarse, de alegar las razones que su orgullo

le dictaba. Mas el Santo, viendo que tan mal aprovechaba su corrección, le replicó : « He querido, hijo mío, representaros lo razonable ; pero ya que perseverais en vuestra indocilidad, vais á ver sus efectos. » Al decirle estas palabras se retiró ; y este religioso desobediente bien pronto llevó la pena de su pecado. Fué sorprendido por una enfermedad que le atormentó por espacio de seis meses, y no teniendo ya esperanzas de curar, suplicó por fin á los Padres que lo llevasen á la iglesia, donde habiéndose hecho poner á los piés del Santo, le rogó que le perdonase su pecado antes que muriese. San Sabas, quien no deseaba más que su enmienda, le dijo : « ¿ Reconoceis ahora, hijo mío, el efecto de la desobediencia ? ¿ Sentís por vuestra propia experiencia lo que puede producir la indocilidad ? » Jaime casi ya no tenía fuerza para hablar, y no pudo decir más que estas palabras : « Perdonadme, Padre mío. » Entonces el Santo le dijo que Dios le había perdonado, y le permitió comulgar, y después de haberle hecho tomar un poco de alimento, se encontró enteramente curado.

El patriarca Elías supo lo acaecido, y mandó que destruyesen el edificio de este presuntuoso. Pero algún tiempo después una persona dió, á seis cientos pasos de estas ruinas, un terreno donde el Santo fundó una laura, que después se llamó *Heptástoma*, del nombre del lago, y puso en ella monjes de su gran laura, cuyo cuidado confió á dos religiosos Griegos de origen, llamados Pablo y Andrés, quienes eran hermanos.

Se vió obligado á corregir á este mismo religioso en otras dos ocasiones, y ponerlo en penitencia ; y tuvo el consuelo de saber del Cielo en una visión que sus pecados le estaban perdonados, y de verlo morir con santa alegría, siete días después de haberle Dios dado esta seguridad de su misericordia.

Por el ejemplo que vamos á relatar se juzgará cuál era la

modestia que exigía de sus discípulos, y esto nos enseñará con qué circunspección los religiosos deben conducirse cuando están fuera de su monasterio. Iba él de Jericó al Jordán con uno de sus discípulos, y por el camino hallaron algunas personas seglares, entre las cuales había una joven de magnificas formas. El santo queriendo probar á su discípulo, le dijo : « ¿ Quién es esa joven que pasa y que no tiene más que un ojo ? » — « Perdonadme, Padre mío, le respondió el discípulo, pues muy bien tiene dos. » — « Ah ! hijo mío, replicó el Santo, cómo podríais engañaros. » — « Os ruego que creais, dijo el discípulo, que no me he engañado, y aun os diré que los tiene muy hermosos. » — « ¿ Y como lo podeis saber, añadió el Santo, para asegurarlo así ? » — « Es, dijo el discípulo, que la he mirado con atención. » De esta confesión san Sabas tomó pié para darle la corrección que merecía. « Habeis, pues, olvidado, hijo mío, le dijo, el mandato del Espíritu santo, que por la boca del Sabio os prohíbe fijar vuestras miradas sobre una mujer, por temor que seais presa de vuestros ojos. Cómo habeis sucumbido á vuestra curiosidad ! Ya, pues, que no guardais vuestros ojos como conviene á un religioso, no permaneceréis más conmigo en la laura. » En consecuencia lo envió al Castillo para que allí se ejercitara de nuevo, como un principiante, en las prácticas de la vida religiosa ; y cuando hubo aprendido á velar sobre la guarda de su espíritu y de sus sentidos, lo recibió otra vez en su laura.

El Señor, quien había establecido á nuestro santo para la dirección de aquellos que le servían en la soledad, también quiso hacerle servir al bien general de su iglesia, á la sazón perseguida por los Eutiquianos, apoyados por la autoridad del emperador Anastasio, y después por los Origenistas ; de suerte que, apesar de su avanzada edad, fué obligado á hacer dos veces el viaje de Constantinopla por la causa de la

religión y para el alivio del pueblo. Pero antes de pasar á la relación de su viaje, conviene explicar su motivo con el monje Cirilo y los escritores eclesiásticos. La Iglesia de Oriente estaba entonces en la perturbación por la facción de los herejes Eutiquianos, enemigos del concilio de Calcedonia. Uno de sus principales fautores, y quien en la Siria y en la Palestina fué el gefe de ellos, era Severo, falso patriarca de Antioquía, natural de Sozópolis en Pisidia¹. Se le tildó de mago, y para justificarse de esto se dice que se hizo cristiano. También abrazó la vida religiosa en un monasterio entre Gaza y Majuma; pero habiéndose declarado en contra del concilio de Calcedonia, el abad Nefalio lo hizo expulsar. Los Eutiquianos le consideraron propio para presentar sus demandas al emperador, y lo enviaron á Constantinopla. Se fué allí con otros muchos monjes de su secta, ó infectados de otras herejías, y fué muy bien recibido por el emperador. Este príncipe se sirvió de él contra Macedonio, patriarca de Constantinopla, á quien desterró, poniendo en su lugar á Timoteo. Este al momento mandó cartas sinodales á los obispos de Oriente, quienes quedaron transidos de dolor. Los más valerosos no las quisieron recibir, ni aprobar la deposición de Macedonio. Los más tímidos accedieron en todo, y Flaviano de Antioquía, lo mismo que Elías de Jerusalén, creyendo que Timoteo era católico recibieron bien sus cartas, pero no aprobaron la deposición de Macedonio.

El emperador se irritó muchísimo contra Elías, quien, viendo que la tormenta amenazaba á su iglesia, envió á san Sabas á la cabeza de otros muchos abades ortodoxos de la Palestina, para prevenir los perversos designios que el impio Severo y sus secuaces tramaban en Constantinopla. El Santo contaba entonces sesentitrés años. La carta que el

¹ La Pisidia corresponde hoy á los *livahs* de *Al-Schehe*, en el *pachalik* de *Konieh* y de *Isbartá* en el de *Lutaieh*.

patriarca Elías envió al emperador estaba concebida en estos términos: « Yo os envío la flor y nata de los buenos y fieles siervos de Dios, quienes son los superiores de todo el desierto y entre otros el señor Sabas, que es el gefe de todos los solitarios y la luz de toda la Palestina, en la justa confianza que apaciguarán á vuestra persona imperial. »

San Sabas y los abades que estaban con él después que hubieron llegado á Constantinopla, se presentaron al palacio para recibir audiencia del emperador, quien mandó que los hicieran entrar; pero los guardias de la puerta los dejaron pasar á todos á excepción de san Sabas, á quien tomaron por un mendicante, porque llevaba un hábito recosido con muchas piezas; y Dios lo permitió así, dice el monje Cirilo, á fin de hacerle resplandecer después más delante del príncipe y de toda la corte.

El emperador los recibió con bondad, y habiendo leído la carta de Elías, en la cual el gran Sabas estaba nombrado con distinción, preguntó donde estaba. Los otros miraron por todas partes para decirle que se presentase; pero no viéndole, el emperador ordenó que lo buscasen. Al momento los oficiales de cámara llamaron, y habiendo salido los guardias, le hallaron derecho en un rincón recitando salmos, y lo acompañaron dentro de un velo. El emperador así que se lo presentaron, creyó ver un ángel delante de él; se levantó de su silla y lo recibió con pruebas de grande veneración. Ordenó enseguida que se sentasen, y entró en conversación con ellos. Después de haber conferenciado algún tiempo, cada uno pensó en recomendar los intereses de su monasterio. El uno pidió las tierras que lo rodeaban, y el otro alguna otra gracia parecida. El emperador los complació á todos; pues, dice Cirilo, este príncipe amaba á los monjes: pero tenía la desgracia de dejarse arrastrar por los herejes. Mientras tanto san Sabas aguardaba silencioso que el príncipe le interrogara; y en

efecto, después de haber contentado á los otros, se aproximó á él diciéndole: «¿Y vos, *Calogere*, es decir, *buen padre anciano*, vos nada pedis, después que emprendisteis un viaje tan penoso? » El Santo respondió: « Yo he venido principalmente para tributar mis profundos homenajes á vuestra piedad mientras estoy aún en este cuerpo mortal, y para suplicaros al mismo tiempo en nombre de la santa ciudad de Jerusalén y de nuestro santo arzobispo, que tengais á bien dar la paz á nuestras iglesias y no molesteis al sacerdocio; pues gozando de esta paz será como, trabajando tranquilamente en practicar el bien, de noche y de día dirigiremos nuestros votos al cielo por Vuestra Serenidad, como debemos. »

El emperador hizo traer mil sueldos de oro, y le dijo: « Tomad esto, Padre mío, y rogad por nosotros; pues he sabido que vos gobernais muchos monasterios en el desierto. » Pero el Santo respondióle: « Yo quisiera pasar aquí el invierno y rendir aún mis respetos á vuestra piedad. » A lo cual el príncipe consintió con gusto, ordenando que se le dejara entrar en palacio todas las veces que quisiera sin hacerse anunciar, y mandó los otros abades á Palestina.

Algunos días después el emperador le hizo llamar, y le dijo que el patriarca Elías se había declarado defensor del concilio de Calcedonia, que autorizaba la heregía de Nestorio (pues así se lo hacían entender los Eutiquianos condenados en este concilio general), y añadió que también había pervertido á Flaviano, obispo de Antioquía, de modo que, como debiera convocarse un concilio en Sidón, en el cual los decretos del de Calcedonia hubieran sido anatematizados, él solo, de acuerdo con Flaviano, lo había impedido y se había burlado de su persona imperial en una carta que le había escrito, en la cual no había llevado otra intención que la de engañarle. » En fin, concluyó, sabemos que

se ha declarado por el concilio de Calcedonia y por la doctrina de Nestorio, y queremos que sea expulsado de su silla, y que en su lugar se ponga un hombre digno y ortodoxo, á fin de que los santos Lugares no sean profanados por los dogmas de Nestorio. »

Aquí se ve cuan temibles son los príncipes, cuando tienen la desgracia de escuchar las imposturas de los hereges. Toman la mentira por la verdad, y se convierten, en perjuicio de su alma y de la de su pueblo, en perseguidores de la Iglesia de la cual deben ser sus defensores.

Estos perniciosos perjuicios del emperador contra Elías y los otros defensores del concilio de Calcedonia, no impidieron á san Sabas de hablarle en su favor, y de representarle lo que él mismo debía creer; y lo hizo con tanta prudencia y modestia, que tuvo el consuelo de obtener, al menos por esta vez, que nada ordenase contra el patriarca. « Yo suplico á Vuestra Serenidad, le dijo, que estéis persuadido que nuestro arzobispo instruido por nuestros ancianos Padres, verdaderos taumaturgos, y lumbreras del desierto, rechaza lo mismo la división de Nestorio que la confusión de Eutiques, marchando en medio por el camino de la fé ortodoxa, *sin declinar á la derecha ni á la izquierda*, hablando el lenguaje de la Escritura (Deut. 5-32). Sabemos que sigue fielmente la doctrina de san Cirilo de Alejandría, y que anatematiza á los que sostienen una doctrina opuesta. Suplicamos á vuestra Serenidad tengais á bien conservar en paz la santa ciudad de Jerusalén, *donde el Misterio de nuestra salud fué manifestado* (I Tim. 3-16), dejando en sosiego al sacerdocio. »

El emperador, movido por la sencillez y la santidad del santo viejo, respondióle: « La Escritura ha dicho bien que *aquel que marcha con sencillez, marcha con confianza* (Prov. 10-7). Rogad por nosotros, *buen Calógero*, y perded todo cuidado; en consideración á vos nada se orde-

nará contra vuestro arzobispo, y quiero que os volvais plenamente satisfecho. »

Al salir de la audiencia del emperador, san Sabas fué á la de la emperatriz Ariana, y después que le hubo dado su bendición, la exhortó á que mantuviera la fé del emperador León su padre. Ella le respondió: « Vos decís bien, santo viejo, si á uno le quisieran escuchar. » Luégo la dejó, y para evitar el tumulto de la corte y de la ciudad, se retiró en el Rufiniano, suburbio de Calcedonia, en un monasterio que se cree haber sido el de san Hipacio, ó de san Miguel. Allí fué muchas veces visitado por personas piadosas, y principalmente por Juliana, nieta del emperador Valentiniano y de Anastasia, mujer del patricio Pompeyo, nieto del emperador Anastasio, quien después se retiró á Palestina, en el monte de las Olivas, donde brillaba, en tiempo del historiador Cirilo, por sus virtudes religiosas. Estas dos señoras estaban muy adeptas á la fé católica, y se aprovechaban admirablemente de sus instrucciones.

Al principio de la primavera volvió á Constantinopla, para rogar al emperador remitiese á la ciudad de Jerusalén cierto resto del tributo, llamado *crisargiro*¹, que había quitado por todo el imperio trece años antes. Estos residuos ascendían á cien libras de oro, y hasta á las iglesias se había impuesto, por lo que el pueblo sufría mucho. El príncipe, por respeto á su santidad, ordenó á Zotico, prefecto de la Pretoria, que no cobrara esta suma del despacho de la Palestina. Pero Marín, oficial muy inicuo, quien tenía grande ascendiente sobre el espíritu de este príncipe inconstante, habiendo sobrevenido, le dijo que los habitantes de Jerusalén eran unos Nestorianos y unos Judios. San Sabas respondióle con firmeza: « No os opongais á la buena voluntad del emperador; cesad de hacerla guerra á las iglesias

¹ Contribución impuesta cada cuatro años sobre el comercio é industria.

de Dios; renunciad á la avaricia y tomad cuidado de vos mismo. Si no seguis mi consejo, sabed que dentro de poco atraeréis sobre vos grandes males; que también pondréis el imperio en peligro; que vuestra casa será abrasada, y que en un momento perderéis todos vuestros bienes. » En seguida suplicó al emperador le mandase á la Palestina, y recibió de su mano mil piezas de oro. Sin embargo no obtuvo la remisión del *crisargiro*; pero algunos meses después Marín experimentó el efecto de la amenaza que le había hecho, pues su casa fué abrasada en una sedición, y lo restante de la profecía fué igualmente cumplido.

Partió de Constantinopla el mes de mayo, y se fué á Mutalasca, lugar de su nacimiento. Allí convirtió su casa paterna en una iglesia, que fué dedicada á los santos Cosme y Damián. De allí pasó á Eleuterópolis, donde conferenció con Mamas, archimandrita, quien había sostenido con calor las doctrinas de los acéfalos, y también había ido con Severo su gefe á Constantinopla para defender su causa cerca del emperador en detrimento de la fé católica. Lo condujo con él á Jerusalén, y con sus poderosas exhortaciones le hizo renunciar á sus errores y lo reunió á la Iglesia católica; lo que atrajo muchas otras personas que como él habían tenido la desgracia de separarse de ella.

Apenas hubo llegado á esta soledad, que distribuyó entre sus diferentes monasterios el oro que el emperador le había dado. Aquellos de sus discípulos que le habían acompañado á Constantinopla le manifestaron su disgusto por esta distribución: hubieran deseado que hubiera dado toda la suma al monasterio que ellos habitaban, ya que habían tenido la molestia de hacer el viaje con él; pero imitando el ejemplo de David, quien repartió los despojos de los enemigos, tanto entre aquellos que habían combatido como entre los que se había quedado á guardar el campamento durante el combate, les dijo: « Nosotros hemos trabajado